

TERCERA FICHA

“Los ojos en Él”

Los textos cristológicos en los escritos teresianos son abundantes, de manera que nos recuerdan la importancia que tiene la persona de Jesucristo en el desarrollo de la vida espiritual de Santa Teresa: “En Cristo se halla nuestro acceso a Dios. Quizás sea esta la experiencia teresiana más fuerte: Cristo es el lugar de encuentro con Dios. Por eso, Teresa mantendrá siempre con firmeza que la humanidad de Señor es imprescindible a lo largo de todo el proceso espiritual”¹.

Es abundante el número de textos referentes a la persona de Jesús, y lo clave en la vida de Teresa es que no se relaciona con esos escritos de manera erudita buscándolos en la Sagrada Escritura; son palabras evangélicas que han pasado por su propia interioridad, pues las ha escuchado en la liturgia o leído en libros de Teología, pero que no han pasado desapercibidas, sino que las ha asimilado y desea ponerlas en obra. Teresa, en todo su vivir va incorporando las palabras de Jesús, pues estas, hacen gran eco y dejan un sello imborrable en su corazón; gracias a esto, va perfilando la imagen de Jesucristo, experimentándolo como el maestro, amigo, la hermosura, la majestad, el camino, el esposo de las parábolas y en últimas como el Cristo glorioso que venció la muerte y nos conduce a una vivencia Trinitaria.

Teresa siempre tendrá presente que la Humanidad del Señor es camino de resurrección que conduce al encuentro del Padre; este camino la llevó a adentrarse en las profundidades de la vida espiritual y de la mística. Su vivencia vital está cimentada desde la fe en Jesucristo, quien se convierte en eje central de su existencia, por eso, siempre lo mirará y gozará con el entendimiento ocupado

¹ Castro, Secundino. Cristología Teresiana. Editorial de Espiritualidad, pág. 13, 2009.

mirándolo a él: “el entendimiento... está ocupado gozando de Dios, como quien está mirando, y ve tanto, que no sabe hacia dónde mirar” (V 17,5). La doctrina teresiana de la mirada es Cristocéntrica, afectiva y en definitiva es una conversión de la mirada: “la reorientación de la mirada es inseparable de la reorientación del corazón. Esta reorientación nos permite descubrir un nuevo aspecto del nuevo ejercicio de la existencia en el que consiste la dimensión teologal”², pues mirarlo a Él será el motor definitivo para el inicio de su oración, para su conversión irreversible, para las más altas comunicaciones con Dios y para su doctrina sobre la oración y la vida espiritual. Él será la fuente de su pensamiento y de todo su magisterio espiritual, siendo el Maestro que la guía y le enseña cómo vivir haciendo el bien, volcada en amor gratuito hacia el Otro y los otros: “Sólo a través del amor podemos trascender nuestro yo, y de este modo volvemos plenamente humanos y plenamente auténticos”³

Recordemos que en Teresa ocurre un acontecimiento fundamental y místico desde una mirada, cuando se encuentra con una imagen de Cristo en la Columna (V 9), aquí se produce una conversión definitiva, pues ella andaba buscando por medio de la oración, la razón de la vida y del amor, y cuando se encuentra con esta imagen, se hace una en el dolor del Siervo de Dios, sintiendo en ella la agonía de Cristo en la Cruz, con deseos de ayudarle y ante tanta impotencia no le queda otro camino sino poner la mirada en Él: es fundamental para el carisma teresiano, poner los ojos en Cristo, mirarlo sólo a Él, para encontrar discernimiento y la voluntad de nuestra vida.

Este mirarlo a Él se convierte en un proceso fundamental para la mística: “*de pensar a Cristo en la columna, es bueno discurrir un rato y pensar las penas que allí tuvo y el amor con que las pasó... estemos con él, acallado el entendimiento. Si pudiera ocupar el entendimiento en que mira que le mire el Señor*” (V 13,22). El camino que conduce a toda vivencia cristológica está en el mirarlo y adheridos a Él, para tomar

² VELAZCO, Juan Martín. *El Fenómeno Místico*. Trotta, Valladolid, 1999, p. 279

³ JOHNSTON, William. *Mística para una nueva era*, Desclée de Brouwer, Bilbao, 2003, p. 311

de Él nuestra identidad como cristianos. “Los ojos en él” (V 35,14) son la consigna de una totalidad que encierran la vida del creyente y son abono para nuestro suelo espiritual, pues nosotros no miramos un código de normas, ni un estatuto de fe; como cristianos miramos a Cristo vivo que es nuestro bien, nuestro dechado, el capitán del amor, el fiel amigo que se hace igual a nosotros sin importarle su condición de Hijo de Dios.

Teresa, desde entonces tendrá una relación de amistad con Jesucristo: “es muy buen amigo Cristo porque le miramos hombre y veámosles con flaquezas y trabajos” (V 22,10); El Hijo de Dios se convertirá en una presencia constante: “parece andar siempre a mi lado Jesucristo... siempre al lado derecho, siéntalo muy claro, y que era testigo de todo lo que hacía... No podía olvidar estaba cabe mí” (V 27,2). Sentirse amada y llena de Jesucristo es motivo para que Teresa lo siga mirando fijamente, pues, entre más lo ve, más se llena de luz y le crecen deseos de nunca dejar de mirarlo; por eso cuando escribe su libro Camino de Perfección, con el ideal de ayudar a sus Monjas en el camino espiritual, les recomienda mirarlo sólo a Él y desde sus misterios, iluminar toda la existencia a la luz del misterio pascual

No os pido ahora que penséis en Él ni que saquéis muchos conceptos ni que hagáis grandes consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más que le miréis...mira que no está aguardando otra cosa sino que le miréis... tiene en tanto que le volvamos a mirar. Si estáis alegres, miradle resucitado, que sólo pensar cómo salió del sepulcro os alegrará...si estáis con trabajos o triste, miradle camino al huerto: qué aflicción llevaba en su alma... miraros a Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque os vayáis vos con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle (C 26,3-5).

La experiencia teresiana está dada desde una Cristología de la mirada. Esto hace que poco a poco la relación ascienda y se convierta en una revelación plena con el Resucitado, que harán aumentar una serie de gracias místicas, que la irán cautivando y enamorando. Jesús quien le descubra su rostro resucitado, bellissimo (Cfr. V 28, 1-5), esta belleza del resucitado engolosinó tanto a la Santa que hasta

en el último suspiro sólo piensa en el momento en que mirará definitivamente el rostro de su Amado: “Ya es hora, Esposo mío que nos veamos”. Teresa muere en esperanza y eso es creer en Dios. Desde este presupuesto todo hombre que desee tener una vida espiritual profunda debe poner los ojos en Jesucristo, desde una mirada afectiva que venga del corazón, que nos haga centrar la vida en Él.

Preguntas para la reflexión personal

1. Cómo Carmelitas, cometemos errores por no colocar la mirada en Jesús, que es centro y razón de ser de nuestra entrega. ¿Identifica qué realidades te hacen descentrar en tu caminar vocacional?
2. “No os pido ahora que penséis en Él ni que saquéis muchos conceptos ni que hagáis grandes consideraciones con vuestro entendimiento; no os pido más que le miréis...mira que no está aguardando otra cosa sino que le miréis... tiene en tanto que le volvamos a mirar. Si estáis alegres, miradle resucitado, que sólo pensar cómo salió del sepulcro os alegrará...si estáis con trabajos o triste, miradle camino al huerto: qué aflicción llevaba en su alma... miraros a Él con unos ojos tan hermosos y piadosos, llenos de lágrimas y olvidará sus dolores por consolar los vuestros, sólo porque os vayáis vos con Él a consolar y volváis la cabeza a mirarle” (C 26,3-5). ¿Cómo encontrar la mirada de Cristo en medio de la vivencia dentro del monasterio?